

POESIAS ÉPICAS.

PIO IX.

POESÍA LEÍDA POR SU AUTOR EN LA SOLEMNE VE-
LADA LITERARIA CELEBRADA EN HONOR DE SU
SANTIDAD, POR LA «SOCIEDAD MUNGUÍA,» EL
21 DE JUNIO DE 1876, EN MÉXICO, CON ASISTEN-
CIA DE D. CARLOS DE BORBÓN.

I

La Barca bogando su ruta prosigue;
La embisten las olas de férvido mar,
¡Miradla! parece que el ponto consigue
Sumergirla ya.

¡Sumergirla! ¡Nunca! Mirad al Piloto
Serenó á la proa llevar el timón;
Mirad cuál en vano combátela el noto
En lucha feroz.

Serenó á la proa, la cruz en la diestra,
De Dios invocando favor y sostén,
La paz del Piloto, sublime se muestra,
Sublime su fe.

Pero si volviereis al cielo los ojos,
Con asombro vierais el coro inmortal
Delante el Eterno postrado de hinojos
Su voz elevar,

Clamando ferviente por esa barquilla,
Porque de bonanza le brille la luz,
Porque sana y salva le acoja en la orilla
Puerto de salud.

Y si en esa hueste triunfal de la **Altura**
Vierais á la Reina por siempre feliz,
La excelsa María, la cándida y pura,
Sus preces unir,

A las preces muchas de ángeles y humanos,
Que por esa barca piden á su Dios,
¡En himno de triunfo batierais las manos,
En himno de amor!

De allá, de ese trono divino de gloria,
 Mirad cual descende torrente de luz,
 Claridad celeste, nuncio de victoria,
 Nuncio de salud.

Claridad que baña de ese hombre la frente,
 Que Aarón parece, parece Moisés,
 Que lleva la tiara, que rige á la gente,
 Pontífice, rey.

Abismos ese hombre sin miedo atraviesa;
 Linaje de Pedro, su fuerza la Cruz;
 El áncora suya la firme promesa
 De Cristo Jesús.

Los monstruos le acechan, las ondas le asaltan,
 De huracán el ímpetu le da de través;
 Pero esas tormentas más el arca exaltan
 Del nuevo Noé.

Un poco: pasadas borrascas y duelo,
 Sosegado el notó, serena la mar,
 Ya veréis magnífico lucir en el cielo
 El iris de paz.

II

Y es la Iglesia de Pedro el reino santo,
 Do su gloria ostentar quiso el Potente,
 Reino de valer tanto
 Como cumple á la mente
 Del que há ciencia y poder indeficiente.

Mirad esos ejércitos de estrellas
 Que pueblan el azul del firmamento,
 Antes pasaran ellas,
 Antes de su cimiento
 Los montes arrancar pudiera el viento,

Que pasar ese imperio del Ungido
 De astros vivientes firmamento hermoso,
 Montaña donde ha sido
 Por el Dios poderoso
 Fundado el trono al Verbo glorioso.

¿Dó ese reino nació.....? Buscad su historia
 Allá en la altura do la luz naciera;
 La angelica memoria
 Anterior considera,
 A la era de aquel, su propia era.

En el principio, antes de todo día
Ese reino nació. Tierra ni cielo
Se vieran todavía;
No se vieran los quicios de este suelo,
Ni alzarán los querubes raudo vuelo.

—
Y ya el Señor en su divino arcano
Ordenaba en Sión su augusta sede;
Y así cual cedro ufano
Que á todo altivo excede,
Reinó quien con decir todo lo puede;

—
Así cual palma en árido desierto,
Como el olivo hermoso en la pradera,
Cual de florido huerto
Rosal en primavera,
Como una vid que rico fruto espera.

—
¿La historia de ese reino?..... Allá en la altura
Es la Madre del Verbo sin mancilla,
Cuya inmensa ventura
Que á Lucifer humilla
Ante su rebelión más pura brilla.

—
¿La historia de ese reino?.....? Acá en la tierra
Es también la Mujer, la Mujer santa

Que en formidable guerra
Al reptil con su planta
La orgullosa cabeza le quebranta.

—
De ese reino, que á nombre del Ungido
El cetro patriarcal rigiera un día,
Cetro que conferido
Más tarde se veía
De Israel á la santa dinastía,

—
De ese reino, al venir el Cristo al mundo,
A Pedro el pescador vicario elige;
Le nombra su segundo;
Si Pedro el orbe rige
Es Dios quien para Pedro honor exige.

—
Ved, pues, á Pedro, al papa; ved su historia;
A Pío nono ved, decid si es justa
La majestad y gloria
De esa persona augusta
Que á hombres sin fe por su alto honor disgusta.

—
Decidme, si hay un Dios, ¿habrá dejado
La verdad, la virtud, sin luz ni guía?
¿Al mundo no habrá dado
Cual á Israel un día
Otro Moisés en la desierta vía?

Decid: si vino el Cristo, ¿qué se hicieron
Esos pastores de la grey sagrada
Que la grey recibieron?
O la promesa es nada
O vive Pedro en serie continuada.

Y sí que vive; glorias eternas
Cien insignes pastores han dejado
De historia en los anales;
Mundo civilizado,
Tú sabes lo que debes al papado.

¡Francos!, decid, ¿al Bárbaro quién doma
Que os legó alto lugar en las naciones
Si no la fe de Roma?
¿Quién os mudó, Sajones,
En blandos los feroces corazones?

¡Teutones! ¿quién al santo Misionero
Que esa índole atroz dulcificara
Os envió placentero?
Y aquesa fe tan cara
Contra Dióscoro, Eslavos, ¿quién cuidara?

Y del arriano Recaredo el grande
¿Hay, Iberos decid, otra doctrina

Que el corazón ablande,
Cuál es esa divina
Con que Roma al gran rey al fin domina?

¿Y el gran Cid, y el gran rey Fernando el santo,
Y esa Isabel, esa mujer que admiro
Con entusiasmo tanto?
A esa fe yo los miro
Cual planetas al sol rendir su giro.

¿Y el turco dónde está? ¿Qué de la Europa
Sería, si la armada tan temida
Que viene viento en popa,
No fuese destruída
En lid gracias al papa sostenida?

Hoy, ¿quién se ve que al mundo le recuerde
Cómo hay un Dios, un cielo y un averno
A un mundo que se pierde,
Que ya sufre su invierno
Y está soñando en un verano eterno?

Hoy, si no el Papa, ¿quién al mundo une
En una sola grey, una obediencia
Que las almas adune,
En sola una creencia,
Que preste á Dios honor y reverencia?

Hoy, en tal desconcierto, ¿quién el guía
De los que buscan religión estable

Si no el Papa sería,
Que en nombre de Dios hable,
Que haga el reino del cielo practicable?

—
¿Queréis Dios, queréis Cristo? Id al Ungido;
Mil *sabios* hay que nada os dan de cierto
En su saber mentido;
Hallaréis en su aserto
Siempre triste dudar y desconcierto.

—
¿Entre esas sectas mil buscáis la idea,
La enseña en que su fe se mire unida?
Triste es que sólo sea
De esas sectas sin vida
«Odio á Pedro,» la enseña convenida.

III

¡Oh Iglesia, qué digna del Verbo apareces!
¡Oh Pedro, qué grande, qué hermosa tu fe!
Faltado ya hubiera millares de veces
Del cielo á no ser.

—
¡Oh agosto Monarca, Pontífice Pío,
Linaje de Pedro, Gregorio y León;

Cual á tí, más años el Ponto bravío
Cruzar, no se vió.

—
Pasaron monarcas, guerreros, magnates,
En lides menores murieron al fin;
Y tú que lidiaste tan duros combates,
Te miras ahí,

—
Viviendo, y la nave llevando seguro,
Viviendo, y al Orbe dictando la ley.
Ah! plegue á los cielos que pase el apuro,
La paz se nos dé,

—
Primero que lleguen tus últimos días,
Primero que vayas feliz á triunfar
Allá en esa Altura mansión de alegrías,
Del justo solaz.

—
Pontífice agosto, ¡qué páginas dejas
En esos anales del reino de Dios;
Al grande Inocencio, á Julio semejas,
Al grande León!

—
Cuán grande te miro si allá en el senado
Que indaga quién deba pontífice ser,

Ninguno lo aguarda, y al trono llamado
Tu nombre se ve.

Cuán grande si al Orbe convocas un día
Y dices: «la hora llegó de afirmar,
Qué fué concebida sin mancha María;
Es de fe verdad.»

Cuán grande, si al Orbe que anheloso espera,
Libertad, Progreso, le digas qué son,
Le dices: «Progreso, Libertad..... ¡quimera!
Quimera, sin Dios.»

Cuán grande te miro si allá en el Santuario
De tantos obispos convocas la grey,
Y dices: «Oh Padres, de Cristo el Vicario
Errará en la fe?»

Y el Santo Concilio tu voto confirma,
Y dices: "nos place tal dogma anunciar;"
"Pedro es infalible" (unánime afirma);
"Es de fe verdad."

Tal gloria el infierno sufrir no ha podido
Y á lucha tremenda te reta feroz;

La lucha ¡Dios Santo! tan hórrida ha sido
Cual nunca se vió.

Conspiran los sabios, conspiran los reyes,
Conspira del siglo todo su poder;
Pero tú del Cristo defiendes las leyes
Con ínclita fe.

¡Anciano! el Orbe atónito aclama
Tu fe, no cede, tu gran caridad.
Tu amparo ¡María! el Orbe reclama
Con ansia mortal,

¡Esther verdadera, sublime Señora,
Pura sin mancilla, Madre de Jesús!
Salva á tu Pontífice; de angustia en la hora
Deféndelo tú.

El triunfo pedimos postrados de hinojos
Los que oímos fieles de Pedro la voz.
¡Ah! vuelve, Señora, tus placidos ojos
De Pedro á favor.

¡Pontífice augusto mantén la esperanza;
Por tí todo el Orbe ruega sin cesar;
La cándida Virgen, el triunfo y bonanza
Presto te dará.